

te algunos centenares de años; su aparente grandeza y las suntuosidades con que se adornaba, eran como las joyas de una meretriz, eran despojos que sintetizaban la ruina y la desolacion del mundo; del mundo que habia tenido la desgracia de conocerla.

Pero estamos advirtiendo que nos salimos del asunto, y es fuerza que volvamos á él: si Dios nos da salud y nos bendice, quizá en otras obras tendremos ocasion de ocuparnos de Roma, y entonces lo harémos con gusto y por deber. Ahora solo nos incumbe hablar de la Pasion del Salvador, y puesto que ya hemos dado á nuestros lectores los detalles necesarios, para que se espliquen el por qué Onkelos preferia la flagelacion romana á la hebrea, pasaremos á otro capítulo, con la seguridad de que nuestros amables lectores tienen los datos mas indispensables, para juzgar de la crueldad de las horribles escenas, que muy en breve nos verémos forzados á describir.

CAPITULO III.

Las almas buenas.

Afligido y lloroso, como es de suponer, abandonó Juan el Evangelista la plaza del pretorio, despues de haber asistido á las turbulentas escenas que en ella se representaran. Habia acudido allí para satisfacer las nobles y amorosas ansias de la mas amante y de la mas infeliz de las madres, y despues de oir la cruel resolucion de Pilatos, con los ojos

preñados de lágrimas, y el corazon lleno de amargura, se dirigia á la casa de Marcos, para enterar á la dolorida Virgen de todo lo que sus ojos habian visto, y sus oidos escuchado.

Como sabemos, Juan amaba á la Virgen Madre con un amor verdaderamente filial; con un amor que pocas veces, tal vez ninguna, los hombres han sentido por ella, y sabiendo cuanto debian desgarrar el immaculado corazon de aquella mujer las noticias que Juan le llevaba, sentia de nuevo desgarrado el suyo; sentia salirse del pecho en pedazos, y que una angustia infinita oprimia su alma generosa é impresionable.

Bien hubiera querido Juan no revelar á María los tristes acontecimientos que presenciara, pero como no ignoraba los deseos que animaban á la mas afligida de las madres, por eso iba á cumplir con el deber que se impusiera, obligado por las súplicas de la Virgen dolorida.

Estas consideraciones le ocupaban cuando llegó á la casa de Marcos, con paso vacilante y con los ojos llenos de lágrimas. No bien la dulce Madre de Jesús le vió, cuando poniéndose en pié, alargando los brazos suplicantes al discípulo amado, con voz angustiada é irresistible, le dijo:

—Juan, hijo mio, compadécete de mi angustia; refiere á la pobre Madre la dolorosa historia del amor de mi Jesús.

—Es tan triste, Madre mia, que no tengo valor, si Vos no pedís al Padre eterno que me comunique fuerzas para desgarrar vuestro tierno y dulce corazon.

—¿Tanto está sufriendo mi Jesús?—preguntóle la desgraciada Madre, con una entonacion de amor y de dolor indefinibles hasta para los mismos ángeles.

—Sufre tanto, que si no fuera Dios, no podria resistir al cúmulo inmenso de sufrimientos y martirios que le opri-

men... Tened valor, Madre mia, porque si ese valor os falta, moriréis, de pena oyendo lo que me rogais os refiera.

—Padre mio;— exclamó la desconsolada Miriam levantando al cielo los ojos y las manos;—alimentad con vuestra gracia la lámpara triste de mi vida, siquiera para que mi Jesús vea un corazon amante en la hora de la muerte, al pié de su doloroso patíbulo.

Luego dirigiéndose á Juan, continuó con una voz que arrancaba lágrimas abundantes al fondo del alma:

—Habla ahora; siento que el Eterno ha dado á mi corazon el temple necesario, para resistir al dolor infinito que me espera.

Y Juan hizo llorando á María la relacion de los martirios, de las burlas, de las amenazas, de los sarcasmos de que Jesucristo era el blanco, y de los odios desenfrenados que contra él se habian desencadenado.

¡Qué relacion mas triste, mas dolorosa era aquella! Juan que la hacía, lloraba á lágrima viva; los sollozos le embargaban muchas veces la voz en la garganta, y aquellas palabras, que caian sobre el corazon de la triste Madre como gotas de bronce derretido, eran oidas por María con una congoja parecida á las del moribundo, que lucha con una fatigosa agonía. Sus ojos estaban secos: no tenian una lágrima para mitigar el ardiente fuego de la pena que devoraba su corazon, y no tenian aquella lágrima porque la Virgen llorara tanto, que las habia agotado todas.

¡Pobre Madre! Para hacer mas grande, y mas amarga, y mas angustiosa su situacion, ni siquiera podia tener el consuelo de llorar!

Magdalena casi desmayada, y sintiéndose con menos fuerzas que María, porque no palpitaba en su pecho el inmenso corazon de la Madre de Dios, pensó morir allí mis-

mo, no bien hubo oido la tristísima relacion que hiciera Juan, de los tormentos del Redentor, y á buen seguro que espirara allí mismo, si la consideracion de que viviendo podia ser útil á la mas desventurada de las mujeres, no retuviera en el cuerpo de la arrepentida pecadora el aliento vital.

Este pensamiento la reanimó; dióle las fuerzas que al parecer le abandonaban, y el amor á María mantuvo la luz de la vida, en aquella lámpara cuya llama combatian los vientos de la pena mas intensa.

Así fue que recordando haber dicho la Virgen de los dolores, que queria vivir para presenciar el tremendo sacrificio de Cristo, haciendo un esfuerzo supremo pudo hablar y dijo:

—¿Y pensais vos, Madre triste de los ingratos pecadores; pensais vos asistir al sacrificio tremendo de vuestro Hijo adorado? ¿El corazon no se romperá dentro de vuestro pecho, en presencia de tantos y tan grandes tormentos como esperan al Redentor de mi alma ennegrecida?

—Y crees tú, hija mia;—díjole la Virgen inmaculada;—¿que mi corazon no estallaria con mas facilidad aquí que en la cumbre del Gólgota? Allí me darán el consuelo y las fuerzas necesarias la presencia del Bien de mi alma, y el amor que le impulsa é inspira.

—¡Espectáculo desolador será aquel, espectáculo desolador como no se ha visto alguno jamás! ¡La Madre llorando y el Hijo muriendo!—exclamó Magdalena derramando abundantes lágrimas.

—¿Y no es mas desolador el espectáculo que presenta mi corazon ahora? Léjos del Bien de mi vida, sufro los tormentos todos que padece Él, y sufro además el tormento infinito de su ausencia... ¡Oh! no os opongais, almas

buenas, no os opongais á que yo acompañe á mi Dios hasta la cumbre del Gólgota; no os opongais á que la que fue testigo de su nacimiento, sea ahora testigo de su muerte, porque esta muerte la conocia mi alma, desde el momento en que estrechándole por primera vez entre mis brazos amorosos, conocí la voluntad del Padre celestial y del Verbo increado; no os opongais á mi resolucion de acompañarle al patíbulo, y de asistir á su muerte, porque Él me lo ha suplicado con la voz de su ternura, y aquella súplica resuena aun en el fondo de mi corazon maternal. «No «me abandonéis, Madre mia, en aquella hora de angustia «suprema para mí, porque si vos me faltáis, si mis ojos «no pueden descansar en Vos, ¿dónde encontraré un consuelo en aquel momento tremendo de tormentos, de agonías «y de abandono?» Esto me dijo, ¿y puedo yo abandonarle, yo que soy su madre? ¿Puedo consentir que Dios el Redentor, cuando sube á una cruz para morir en ella á fin de salvar al mundo, puedo consentir que no vea junto á sí un corazon que gima por su causa, y un alma que espire con la suya?... ¿Serán acaso muchos los consuelos de que disfrutará en aquella hora, para que yo le dispute por egoismo el único de que puede y debe gozar?... No os opongais, hijas mias, porque me hallo resuelta: aquel que puede mandar me ha suplicado, y yo no puedo dejar de acudir al puesto que mi amor y mi deber me tienen señalado. ¿No recuerdas tú tambien, Magdalena, el ofrecimiento que le hiciste?

—Lo recuerdo; — contestó la generosa interpelada; — y por mas doloroso que sea, procuraré cumplirlo. Yo os ofrecí, Madre mia, acompañaros en el camino de vuestro dolor; yo os ofrecí servirlos de arrimo, y caer espirante y abrazada á vos al pié de la cruz, y no me arrepiento de

ello, no. Yo no he pensado jamás en disuadiros de vuestro amoroso propósito, pero cuando medito en la horrible escena que se representará en la cumbre del Gólgota, estremecida y llorando tampoco puedo dejar de repetir: ¡Espectáculo desolador será aquel; espectáculo desolador como no se ha visto jamás ninguno!... ¡La Madre llorando y el Hijo muriendo!...

Y aquí Magdalena obedeciendo á uno de los generosos impulsos de su corazon lleno de amor, abrazóse con María, estrechóla sobre su pecho con febril exaltacion, y derramó sobre la Madre del Cristo Redentor algunas lágrimas, mientras que entre sollozos entrecortados decia:

— Yo pasé la vida en el regalo y la molicie ofendiendo á mi Dios; ¡ojalá que espirara llorando al pié de la cruz, donde para salvarme morirá mi Redentor! ¡Ojalá que sufriera por causa de mi Cristo tantas befas é insultos cuantos han sido los innumerables pecados de mi vida!... Si fuera así, ¡yo seria feliz muriendo, y bendeciria la amada mano que me envia estos castigos, para que espie las enormes faltas de Magdalena la pecadora... Pero vos, Madre mia, vos tan inocente, vos mas inmaculada que el purísimo destello del alba, y que la sonrisa enamorada de los ángeles, vos hallaros espuesta á que la soldadesca y el populacho os hagan objeto de sus burlas, y se mofen de vuestro dolor, ¡oh! esto es cruel, muy cruel, y daria todos los dias de mi vida para evitarlo; daria sin vacilar la felicidad eterna, para ahorráros la menor de las burlas de que vuestro dolor será objeto, por parte de los seres mas insensibles de la creacion!

— ¡Y con qué derecho puedo eludir yo esas burlas y esas befas á que aludes, hija mia, si se hallaran santificados por haberlos sufrido tambien mi adorado Hijo? ¡Oh! ¡de-

¡adme libar tambien un poco el amargo licor de que se halla llena la copa que apura mi Cristo, dejádmela libar tambien, porque mi corazon está sediento de amarguras, cuando esas amarguras las sufre mi Dios, cuando esas amarguras son parte de la obra de la redencion! El pone tanto por la salud de los hombres, ¿y su pobre madre no podrá hacer por los mortales, el pequeño sacrificio de ver como algunos desgraciados ciegos se mofan de su legítimo dolor? ¡Sufrir!... Cuando mi Hijo sufre tanto, ¿puedo yo, por ventura, desear que mi corazon permanezca tranquilo? Dejádme participar de las heridas y de los dolores del que es el encanto de mi vida, del que es el Salvador del mundo, del que es el bien de mi alma.

¡Cuán generosa, cuán amante, cuán noble era la mujer que el Cristo habia elegido para madre suya, y para refugio y consuelo de los pecadores! Dijo bien él que dijo que Dios al criarla habia agotado en ella todos los tesoros de su infinita omnipotencia, y que despues de haber criado á María, exclamó:

—He formado la Madre de mi Hijo, Dios como yo. ¡No puedo mas!...

María, dulce consuelo de mi alma; existencia arrobadora que haces dulces las horas de mi amarga vida; que derramas en el cuadro de mi porvenir un rayo de la luz de la esperanza; y que mitigas las penas que afligen mi corazon terreno... María por quien lo soy todo, en quien lo he renunciado todo, y para quien todo lo deseo... deja que mi alma se confunda á tus plantas, y al recordar tu infinito sacrificio, y el inmenso amor que te inspiraba, abata la frente en el polvo, y besando con los labios del alma tu nombre querido, suspire de amor y de admiracion por tí... Deja que levante á tí la voz recordando la hora de tus agonías, y que esclame:

—María, no me dejes; tú lo eres todo para mí, y si me abandonas, ¿qué será del pobre mortal que te ha consagrado su existencia?

Magdalena, despues de haber oido á la dulce Madre del Salvador, sintiéndose como anonadada por la grandeza casi divina del alma de la Virgen, se dijo para sí:

—Es preciso hacer un esfuerzo para impedir que su dolor sea objeto de las mofas de los malvados. Jesucristo muriendo salva al mundo, pero los redimidos debemos hacer algo por su pobre Madre.

Magdalena diciendo esto se levantó, saliendo del aposento en el cual permaneciera desde la víspera anterior. El amor de María la inspiraba, por eso un pensamiento grande y generoso llenaba su alma y animaba su espíritu.

Marcos la dijo:

—¿Dónde vas?

—María, la pobre Madre del Señor, llora; horribles torturas apesaran á su alma afligida, y voy á dar un paso que, tal vez le evite un nuevo tormento, un nuevo dolor.

Marcos creyó interpretar algo del pensamiento que animaba á la pecadora arrepentida, y se apresuró á decirle:

—Ya lo daré yo.

—Es que mis influencias no las posees tú; es que una mujer que llora, consigue con una lágrima mas que un hombre que suplica muriendo.

—Yo tengo tambien una mujer que llorará como tú; una mujer dispuesta á todo para evitar una lágrima á la infeliz Miriam. Magdalena, tú no puedes, tú no debes dar ese paso, y te lo prohibo en nombre de Aquel que te ha regenerado.

La pecadora hizo una suspension. Luego dijo:

—¿Y no puedo valerme yo de mis influencias pasadas, para evitar un suspiro á la Madre de mi Redentor?

—No. Esas influencias murieron para tí. Tú no debes acercarte otra vez á los que por tu causa ofendieron á Dios.

—Ahora por mi causa prestarían un servicio á su Madre afligida, y sería la única accion buena que llevara á cabo en ellos.

—Magdalena, es mejor que te resignes á que yo dé ese paso. Tambien puedo disponer de una mujer que ama al divino Maestro; tambien interesaran lágrimas á las altísimas personas que deseas interesar en favor de la pobre Madre. Dime tu idea, Magdalena, y ya verás cómo se hace todo lo posible para conseguir que surta su efecto.

La pecadora arrepentida se resignó, mientras que llorando decia el infatigable Marcos:

—El Maestro divino será condenado á muerte.

—¿Quién sabe?—dijo Marcos estremeciéndose, y recordando á Berenice y á Claudia Prócula, interesadas en evitarlo.

—No lo dudes, Marcos; los destinos de Cristo son morir en un patíbulo afrentoso, para que los hombres no mueran en la eterna afrenta del pecado. Todas las influencias imaginables son inútiles; no conseguirán nada, porque Jesucristo ha nacido para morir clavado en una cruz.

Marcos, que hasta entonces alimentara una esperanza de salvar á Jesús, perdióla del todo en aquel momento, y se quedó de improviso presa del dolor mas vehemente, como de improviso se queda á oscuras una habitacion en donde se apaga la única luz que la alumbraba.

—¿Y eso es cierto?...—balbuceó sollozando.

—Tan cierto, como lo es que somos concebidos en pecado; tan cierto como yo he sido una infame pecadora.

El noble jóven que hablaba con Magdalena, hizo un esfuerzo de esos que se llaman de flaqueza, para salir del abatimiento en que le sumergieran las palabras de su interlocutora, y dijo:

—¡Ah! Triste cosa es que los hombres infames quiten la vida al que, para redimirnos á todos ha venido; mas puesto que nos es del todo imposible el evitarlo, te ruego me digas, ¿qué es lo que en favor de la Madre de mi Cristo debe hacerse?

—Interesar á Cornelio el centurion, para que la haga respetar cuando la pobre se una al cortejo fúnebre. ¡Oh!—continuó Magdalena juntando las manos en actitud suplicante;—hagamos todos los esfuerzos posibles para impedir que los verdugos del Hijo, atormenten el corazon de la Madre, burlándose de su dolor.

—¡Cornelio!... ¿No es el mejor amigo de Pilatos? ¿No es el mejor de los romanos que dominan en Israel?

—Amigo es de Pilatos, y sus sentimientos son nobles, son generosos, son levantados... yo le conozco bien, y sé que atenderá al ruego que se le dirija.

—Si en ello tan solo estriba, Magdalena, queda tranquila, porque la desventurada Madre de Jesús no se verá escarnecida. Cornelio la protegerá contra el furor de la chusma, de esa chusma que el álito de Satánás agita, como agita el huracan las olas inquietas de la mar.

—Gracias, Marcos, gracias por las seguridades que me das; pero para que quede mas tranquila, para que mi corazon confie mejor, dime el nombre de la mujer que rogará á Cornelio, lo que yo queria rogarle por mí misma, postrada y llorando á sus piés.

—Es una vírgen del Señor, cándida como el lirio de las selvas. Se llama Berenice.

— ¡Afortunada! — musitó Magdalena tristemente.

— ¿La conoces? — preguntóle Marcos con santo y legítimo orgullo.

— Sí; la conozco de la misma manera que el cedro de las cumbres del Líbano conoce al lirio que se mece en los valles de la montaña; la conozco por el perfume de sus admirables virtudes. Berenice es mas digna que Magdalena de dar ese paso, y no dudo que el Señor bendecirá su noble afán.

Poco despues prosiguió:

— ¿Conoce Berenice al centurion Cornelio?

— Lo ignoro, pero me atreveria desde luego á decir que no.

— Pues ¿cómo dará el paso que te recomiendo? ¿Qué valor tendrán para el romano las súplicas y el llanto de Berenice, si esta le es enteramente desconocida?

— Berenice es íntima amiga de la esposa de Pilatos; las puertas del pretorio están abiertas para ella á todas horas, y ha sido tan afortunada, que hasta las puertas del alma de Prócula se han abierto por ella á la doctrina admirable del divino Maestro.

— Siendo así, — exclamó Magdalena llena de esperanza, — no dudo que alcanzará Berenice, que la afliccion de la mas dolorida de las madres se vea respetada por la chusma sin freno, cuando la mas inocente de las víctimas se vea conducida al suplicio... Marcos; no pierdas un momento, y por esta buena accion los ángeles te sonreirán en la hora de la muerte.

Magdalena volvió á penetrar en la habitacion donde se hallaban María madre de Dios, María esposa de Cleofás, y Juan el Evangelista. Un silencio sepulcral dominaba en aquella sala, silencio que parecia el de la muerte. Ninguno

de los tres personajes acertaba á proferir una palabra, porque hubiera sido una profanacion, porque las palabras, cuando los sentimientos son muy grandes los empañan, como el aliento empaña la brillante tersura de un cristal.

Magdalena penetró allí sin hablar tampoco, tomó asiento al lado de la Madre de las angustias, y tomando una de sus manos, con reverencia y con amor acercóla á sus labios, para imprimir un beso y dejar en ella una lágrima. Esta lágrima habíala arrancado á los ojos secos de la pecadora arrepentida, la ternura con que amaba á la desconsolada, á la afligida, á la pobre Miriam.

Mientras tanto Marcos salia apresuradamente de su casa, para dirigirse á la de Berenice con el corazon desolado. Cuando pasó cerca de la plaza del pretorio, un estremecimiento convulsivo agitó todo su cuerpo: era que las voces de la plebe mas inmundada de la tierra, que se hallaba amotinada ante el palacio del pretor, llegaban claras á sus oídos. Entonces bajó los ojos, puso su mirada en el suelo, y otro estremecimiento mayor vino á sacudir su cuerpo: aquel estremecimiento era producido por un reguero de sangre que habia en tierra; aquella sangre era la del divino Salvador; aquella sangre habia sido vertida para redimir á los hombres, y estos, léjos de apreciarla en nada, la pisoteaban, ó indiferentes ó con desprecio. ¿No habia, pues, de estremecerse Marcos?

Entonces exclamó:

— ¡Oh iras, oh iniquidades de los hombres!... ¡Dios mio, tú que sufres para salvarnos á todos; tú que exhalas la vida para darla al mundo, ten compasion de tus verdugos; ten piedad del pueblo ingrato que te maltrata, porque este pueblo está loco!

Y enjugó una lágrima ardiente que asomaba á sus ojos,

y exhaló un profundo suspiro, y tuvo intenciones de postarse para adorar aquella sangre divina, que era el precio de la redención de todo un mundo. Marcos no llegó á realizar esto último, no por falta de deseos ni de veneración, sino por no escandalizar á los malvados judíos, y para no ser objeto de que se profiriesen mas blasfemias contra el Criador de la tierra, y el Salvador de los hombres.

Y con mas rapidez que antes siguió calle abajo, hasta llegar á la casa de Berenice, dentro de la cual reinaba un silencio absoluto, un silencio interrumpido tan solo por algunos suspiros.

Marcos penetró en ella diciendo:

—Bendito sea el que viene.

—En el nombre del Señor:— obtuvo por contestación.

Berenice le habia contestado, pero la voz de la vírgen no era como por la noche llena de encanto; no tenia el timbre argentino de la voz de los ángeles, sino el misterioso y triste acento de la brisa que suspira al caer de la tarde.

Marcos y Berenice se quedaron mirándose con infinita tristeza. Aquella mirada era la de la desolación. Sus ojos llenáronse de lágrimas, y Berenice al fin exclamó rompiendo en llanto:

—Vienes á pedirme cuentas del sagrado encargo que me confiaste, y yo me veo obligada á bajar la frente. No me maldigas, Marcos; estas lágrimas que mis ojos derraman te dirán por mí cuanto mi alma siente mi impotencia. ¡ Mis esfuerzos no han logrado nada!...

—Pero Dios que los ha visto, te los tomará en cuenta para premiártelos, Berenice.

—Si no vienes, pues, para reprenderme, dime Marcos, ¿qué idea te conduce á esta casa? No he podido salvar á mi Dios y Redentor; ¿qué quieres ahora de esta inútil mujer?

—Si no le has salvado de la muerte afrentosa que le amenaza, es porque los destinos del Cristo son morir en un patíbulo para darnos á todos la gloria eterna; esa gloria infinita que compra á la inmutable Justicia, con el precio inmenso de su divina sangre. No con el intento de reprenderte he venido aquí, sino con la idea de emplearte en obsequio de la Madre infortunada del divino Maestro.

—¿En qué puedo ser útil á la Madre de mi Salvador? ¡Oh! dímelo luego, Marcos, y Dios te premiará el bien que me hagas; dímelo luego, porque los momentos que tardas se me hacen siglos. ¿Qué debo hacer?

—La pobre tiene un gran corazón; los nacidos no han visto ni verán otro que se le parezca, y como sabe que su divino Hijo va á la muerte para salvar á los hombres, quiere acompañar al patíbulo al Redentor del mundo.

—¡Tendrá valor!—exclamó Berenice llena de asombro.

—¿Y no ha de tenerlo, si le anima el amor que consume y abrasa su corazón? ¿Y no ha de tenerlo si en el Gólgota va á perder al Hijo de Dios, para engendrar en la gracia, para llamar sus hijos á todos los hombres?

—¡Admirable portento de la bondad divina es esa desconsolada Señora!... ¿Y qué debo hacer por ella?... ¿Hebré de acompañarla al Calvario?

—No, si no es que no te sientes con valor para hacerlo.

—¿Qué, pues?

—Berenice; tú comprendes que la pobre Señora, siguiendo desconsolada á su Hijo será objeto de las burlas mas impías, por parte de la soldadesca y de la chusma, ébrias de sangre y de venganza: ¿quién sabe si despues de haber esearnecido su inmensa, su legítima, su incomprendible amargura, habrá álguien que ose poner sobre ella las manos sacrílegas, profanándola y aumentando los

motivos de su aflicción?... Evitemos esto, Berenice, evitémoslo, siquiera por lo mucho que para nuestra salvación pone la infortunada Señora; tengamos piedad de la desgraciada, y sus tormentos y sus agonías muévannos á lástima.

—¿Y es posible que yo haga por ella alguna cosa? Si esto es posible, dímelo, Marcos, y aunque sea aventurando mi vida yo lo haré.

—Tú sola, Berenice, puedes conseguir que se la respete; que no se la insulte; que no se mofen los hombres de su legítimo dolor.

—¡Yo!—exclamó asombrada la vírgen.

—Sí.

—¿De qué manera?

—Prócula es tu amiga, y Cornelio el centurion es amigo de Prócula. Él será, sin duda, el jefe que mande las fuerzas que acompañarán á Jesucristo al lugar del sacrificio, y si Cornelio se interesa por la pobre Madre, la hará respetar...

—Si en la historia de la redención, escrita por la mano de la Providencia en las primeras páginas del libro de la vida, no hay un episodio que describa las mofas sufridas por María por parte de los verdugos de Cristo, yo te aseguro que María será respetada. No conozco al centurion, pero basta que sea amigo de Claudia, digna en verdad de mejor esposo.

—Dios te premiará largamente tus buenas acciones:—balbuceó Marcos orgulloso de Berenice.

—¡Mis buenas acciones dices! ¿Acaso las criaturas se hallan dispensadas de hacer algo en obsequio de su Creador? ¿Acaso mi insignificancia se halla dispensada de trabajar en algo en obsequio del que para salvarme ha venido á la tierra, del que para redimirme va á morir? ¿Y á lo que haga yo, le llama Marcos acciones buenas?

—Berenice; Dios es justo, y tu misma humildad y modestia, serán parte para que te dé mayor premio por tus acciones. Él las aprecia en lo que valen, y por eso las premiará; tú crees que no tienen mérito alguno, y por eso pretendes quitarles humildemente su importancia. No importa; Dios es justo.

—Calla, Marcos, y no aumentes mi profunda pena. Recuerda que no es tiempo de hablar, sino de obrar.

—Es verdad. Ya me retiro, amiga mia, porque tú debes ir al pretorio, y no me es permitido pasar mas tiempo en tu compañía. Queda con Dios, y él dirija tus pasos.

—Amigo mio, Dios te bendiga con la bendición con que bendijo á los patriarcas.

Y Marcos y Berenice se separaron, tal vez para no verse mas que en el cielo, patria comun de los discípulos fieles al Mártir divino, que espiró en el Gólgota. Al separarse suspiraron, elevando los ojos y las almas al Señor, y poniendo el pensamiento en Jesús.

Marcos al abandonar la casa de la vírgen Berenice dijo:

—Dios mio, bendecid á ese ángel de la tierra, y haced que el paso que va á dar obtenga los felices resultados que nos proponemos. No queráis angustiar con un nuevo dolor á la desolada Madre de vuestro Hijo; muévaos á piedad la infinita desolación de su alma incomparable.

Berenice á su vez decia suspirando:

—Dios mio; bendecid al generoso Marcos, y haced que le halle para siempre en vos, cuando la luz de la existencia mortal se haya en nosotros apagado.

Después tomó apresuradamente un ancho, largo y flotante manto, púsolo sobre su cabeza, y rebujándose cuidadosamente con él, dirigióse á pasos precipitados al palacio del pretorio, para hablar á Claudia.

En aquel instante ya solo un pensamiento la ocupaba; este pensamiento que debia ser en adelante el de toda su vida, era la memoria del cruento sacrificio del Redentor, y los infinitos dolores que acongojaban el alma pura y amorosa de la Virgen María.

Berenice atravesó por entre la multitud apiñada de la plaza del pretorio. En otra circunstancia hubiera temblado; en aquel momento no pensaba en nada mas que en el objeto que la conducia á los aposentos de Claudia. Abrióse paso con dificultad, estremeciéndose muchas veces, al oír las blasfemias inmundas que proferian los enemigos de Cristo...

Cuando llegó al aposento de su amiga Claudia, esta le dijo tristemente:

—Ya lo ves, Berenice... pero no pierdo aun del todo las esperanzas.

—No debes alimentarlas ya:—contestóle llorando la noble y generosa vírgen.

—¿Por qué? ¿Es acaso que presumes que he perdido todo el ascendiente sobre el ánimo de mi esposo?

—No, Claudia, no presumo tal cosa.

—Entonces ¿por qué me dices que deseche toda esperanza de salvar al inocente, al admirable Jesús?

—Secretos son de la Providencia adorable del Eterno, secretos que si te los explicara tal vez no creerias.

—Dices bien, toda vez que me hallo resuelta á hacer el supremo esfuerzo, y espero que mi esposo prestará oídos á mis súplicas, porque en este asunto no sé que influencias misteriosas y divinas se han mezclado para impedir á Pilatos un espantoso asesinato, y á la humanidad un horrendo crimen.

—La esperanza es la antorcha de la vida, es la vida de

las almas grandes y elevadas. Tú esperas, yo no puedo hacerlo, y á pesar de mi dolor, la muerte de mi esperanza es la esperanza de la humanidad:—observó Berenice sentenciosamente.

—Son tan misteriosas, tan incomprensibles tus palabras, amiga mia, que te agradecería las explicaras á mi espíritu intranquilo y fatigado.

—Será la explicacion un enigma para tí, porque no te hallas bastante instruida en los principios que predicaba Jesucristo; porque no te hallas bastante asimilada con el espíritu que le anima.

—Sin embargo, yo no sé qué relación encuentro entre tus palabras, y un sueño pavoroso que me ha afligido durante toda la noche. Explícalas, amiga mia, y me prestarás un gran servicio, porque como sabes muy bien, soy aun bastante débil, tengo aun bastantes reminiscencias del politeísmo, para que los sueños dejen de afectarme mucho.

—Desearia complacerte, mas en este momento no me es posible. Ante todo debo comunicarte la causa que me conduce aquí, en un dia tan tempestuoso como el presente.

—¿Por qué me hablas de otra cosa que no sea de Jesús? —preguntó Claudia con una entonacion rebosante de interés y de ternura; con una entonacion con la cual reprendia dulcemente á Berenice.

—¿Y piensas tú, Claudia, que en un dia como hoy, en el cual sufre tanto mi adorado Maestro, puedo pensar en otra cosa que en Él? ¿Piensas tú que pueden ocuparme otros asuntos, cuando Jesús sufre todas las iras de los hombres, y cuando su pobre Madre llora la ingratitud de los mortales?

—¿Vienes, pues, á hablarme de ellos?

Berenice hizo un movimiento afirmativo con la cabeza,

y Claudia prosiguió con mayor interés, con mayor ternura:

— ¡Oh! siendo así, hablame de ellos, porque yo no sé qué de misterioso tienen esos seres benditos, puesto que basta solo su nombre ó su memoria para infundir en mi corazón una paz nunca sentida, nunca experimentada. Yo ignoro por qué causa mi pecho tiene necesidad de hablar de ellos y de amarles.

—Tú lo ignoras, pero Dios que te ha inspirado ese afecto, Claudia mía, Él te lo recompensará largamente. Amales siempre, ámales toda la vida, y los ángeles te sonreirán en la hora de la muerte.

— Bueno, bien; — interrumpió Claudia; — pero acaba por piedad; dime lo que venias á pedirme; dime qué es lo que puedo hacer yo en obsequio del Hijo que sufre, ó de la Madre que llora.

—Cornelio es amigo de tu esposo, y supongo que lo será tuyo también.

—Cornelio es nuestro mejor amigo, y tú no sabes la simpatía que siente su corazón recto y generoso por la causa de ese Jesús que amamos tanto.

— ¡Dios le bendiga! — exclamó Berenice juntando las manos con beatitud, elevando los ojos al cielo, y derramando una lágrima de gratitud al Señor, por el bien que las palabras de Claudia hacían á su corazón virginal.

—¿Debo hablar al centurion?—preguntó con noble impaciencia la esposa de Pilatos.

Y luego acordándose de la conversación sostenida con Cornelio poco antes, acerca de Jesús, (conversación á la cual el romano aludió en el acto de recriminar á Pilatos), Prócula suspiró.

Aquel suspiro era la voz de una esperanza perdida, por-

que como habrán deducido nuestros lectores, la conversación entre Claudia y Cornelio había versado sobre la manera de sacar incólume y triunfante la inocencia del Salvador... pero sus esfuerzos, al parecer, no obtenían ningún resultado. Por eso suspiró Claudia, y temiendo que Berenice le rogara hicieran un nuevo esfuerzo, la noble matrona volvió á suspirar.

Después con voz insegura continuó preguntando á su amiga:

—¿Y qué debo decirle á Cornelio?

—Cuando Jesucristo arrastrando su cruz salga del pretorio para ir al patíbulo, su pobre y desconsolada Madre quiere acompañarle; la afligida Señora desea hallarse al pie de la cruz, para recibir el último aliento de su adorado Hijo, como pudiera recibirle, si Jesucristo exhalara la vida rodeado de amigos, y asistido por los desinteresados corazones de sus parientes, muriendo en una cama, ó sobre un montón de yerbas secas.

—¡Tendrá valor! — exclamó Prócula juntando las manos con admiración y pasmo.

—Claudia; —dijo Berenice sentenciosa é inspiradamente: — María es la Madre de Dios, y cuando Dios su Hijo tiene la amorosa decisión de subir condenado á un afrentoso patíbulo, su generosa Madre, para ser la corredentora de todos los hombres, ¿quieres que no tenga valor para verle morir? ¿Piensas que su corazón es mezquino como el nuestro? ¿Piensas que su alma inmensa está modelada como las nuestras? Claudia; en la Madre y en el Hijo ¿no observas algo que luce, que destella, que irresistiblemente atrae; algo que no existe en los demás mortales? Pues bien, para el Hijo ese *algo* es su naturaleza divina, para la Madre ese *algo* es la naturaleza excepcional de la Madre de

Dios, naturaleza que no han tenido ni tendrán las criaturas. Hé ahí por que tendrá valor para asistir al sacrificio de Jesucristo, y ese valor solo su Hijo lo comprenderá, como solo ella en el mundo comprenderá el valor del sacrificio de su Hijo.

Claudia se mantuvo pensativa por un gran rato. Verdaderamente las palabras de su amiga le parecían un enigma, pero un enigma divino, no del todo oscuro; no del todo impenetrable, puesto que lo alumbraban los destellos de la divinidad. Y como mas atrás hemos dicho, la esposa de Pilatos, primero por curiosidad; despues por simpatía, y finalmente por amor y para satisfacer una apremiante necesidad de su alma, procuraba instruirse en la sublime doctrina del Salvador. Y esta doctrina era la luz que irradiaba, que hacia no del todo incomprensibles para Claudia, las sublimes verdades que se encerraban en las palabras de Berenice.

Y en estas verdades meditando estaba la matrona romana, y á medida que su meditacion iba adelantando, mas grandes, mas asombrosas se presentaban las naturalezas de Jesús y de María á sus ojos.

Despues con voz pausada, baja, respetuosa, dijo:

—Comprendo ahora que esa noble mujer tenga valor para acompañar al patíbulo á su único Hijo... Pero aun aliento la esperanza de impedir la afrentosa muerte de Jesús; aun espero poder devolver libre á los brazos de la amante Madre, al Hijo adorado.

—Será inútil tu esfuerzo, Prócula.

—Tengo el deber de intentarlo, Berenice.

Y hubo otra pausa, despues de la cual continuó la noble esposa del Pretor:

—Mas si mis esfuerzos resultaran impotentes como su-

pones, amiga mia; si mi corazon sufre el horrible desengaño que me anuncias, ¿qué es lo que debo hacer en obsequio de la desventurada Madre?

—Los verdugos, la chusma, la soldadesca insultarán su legítimo dolor, porque será la Madre de un Hombre inocentísimo, sobre el cual los hombres criminales acumulan los odios, las injusticias y los mas crueles martirios. Claudia, tu amigo Cornelio puede evitar por lo menos á la pobre Madre el nuevo tormento de verse maltratada, de verse escarnecida y burlada, en la manifestacion de su mas profundo y legítimo sentimiento. Si algo puedes, evítalo, y Dios te premiará largamente este obsequio que habrás hecho á la infortunada María.

—Sí, lo evitaré;—dijo Prócula con resolucion;—lo evitaré porque el noble Cornelio oirá mis súplicas. Si mi esposo es débil para ceder á las exigencias de la multitud amotinada, si comete la horrible injusticia de condenar á muerte al divino Nazareno, no temas que Cornelio permita que la Madre del Mártir se vea insultada por un populacho feroz, por una multitud desenfrenada...

—Dios te lo premiará, Prócula, y abrigo el convencimiento de que abrirá tus ojos á la luz de la verdad antes de tu muerte. Entonces sabrás el bien que en estos momentos hayas hecho; entonces conocerás el valor que tienen tus buenos propósitos de ahora. Dios no te abandonará; puede probarte con amarguras, contratiempos y desgracias... si esto llega, esto que puede ser un castigo acarreado por la inmensa injusticia de tu marido, no vaciles nunca, sigue viendo en vuestra desgracia la mano justa de la Providencia, amiga mia; no apartes ni un momento los ojos del cielo, y tranquila y resignada espera, bendiciendo á Dios, la hora de la muerte. Si así lo haces, puede ser que

una mano llegue á separarnos acá en la tierra, pero la misma mano nos unirá para siempre en el cielo, disfrutando eternamente de una felicidad inmutable, de una gloria que no acabará jamás.

Prócula estaba pensativa, gravemente preocupada por las palabras de su amiga. La preocupacion de Claudia nacia de la correlacion misteriosa que notaba entre las palabras y aseveraciones de Berenice y el sueño de la noche anterior. Entonces estremeciéndose la preguntó:

—¿Es lícito creer en los sueños, amiga mia?

—Veces hay que los envia Dios para avisarnos; entonces son la lengua del Eterno que nos habla y que nos advierte el camino que debemos seguir, pero es de notar que estos sueños tienen caracteres especiales, que yo en mi ignorancia no te sabré explicar.

—Y el mio tiene sin duda esos caracteres, porque coincide particularmente con todo lo que me acabas de decir.

—¿Has soñado pues?

—Sí, — contestó Claudia estremeciéndose.

Luego, variando de entonacion, y dando á sus ideas un nuevo giro, continuó:

—Berenice, puedes volver tranquila á tu casa, porque puedo darte la seguridad mas completa de que la Madre de Jesús se verá por todos respetada.

—Bendita seas, amiga mia, — exclamó la vírgen hebrea, abrazando á la matrona romana.

Después se despidieron, Berenice para preparar para Jesucristo una bebida espirituosa y entumecedora; Prócula, para pensar en su sueño y estremecerse considerando la incalificable debilidad de su marido, debilidad que no dudaba la amante esposa habia de acarrearles enormes desgracias, en castigo justo de tan enorme crimen.

Entonces cayendo de rodillas, elevando las manos plegadas al cielo, y con los ojos bañados en llanto exclamó:

—Desconocido Dios, cuya grandeza me aterra, y cuya bondad me anonada; si es que te son gratos mis pasos, si es que no te desagrada el interés que me tomo por tu Hijo, bendice con el éxito mis esfuerzos, y cuando haya llegado para mi casa la hora del castigo, por el interés y el amor que me inspiran Jesús y su Madre atribulada, inspira á mi alma la resignacion, la conformidad, y alumbrá mis ojos con los destellos de la verdad eterna, para que pueda conocerte en el cielo, la que habré deseado servirte en la tierra.

Algunas lágrimas mas corrieron de los ojos de Prócula, y al levantarse su corazon latia mas tranquilo, y las desgracias que divisaba en lontananza nublando el horizonte de su porvenir, parecíanle menos aterradoras, menos pavorosas, porque Dios oyendo su plegaria habíale dado las fuerzas necesarias para no abalirse, para sufrirlas bendiciendo la mano justa que debia mandárselas.

Y mandó llamar á Cornelio, que no tardó mucho á presentarse en la estancia de la matrona. El centurion, que acababa de dejar á Pilatos, venia mas afectado aun que no lo estaba, cuando poco antes salió de las habitaciones de Claudia para interesarse con el pretor en favor de Jesucristo.

Cornelio vió en los ojos de su amiga las huellas del llanto, que esta no habia tratado de borrar. El centurion exclamó tristemente:

—Tienes razon en llorar; el crimen de tu esposo me intimida.

—¿El crimen! ¿Ha sentenciado ya? — preguntó Claudia con entonacion llena de pavora.

— Ha sentenciado al inocente á sufrir el castigo infamante y cruel de los azotes. Él dice que es un pretexto para libertar á Jesús, y yo digo que es el preludio de un asesinato legal. Pretende satisfacer atormentándole, las iras de los malvados hebreos, y estas iras no se aplacarán, hasta tanto que el justo haya espirado en una cruz. La energía no sé por qué fatalidad falta al pretor, y Jesús morirá en el patíbulo, porque las tumultuosas exigencias del malvado pueblo que se amotina en la plaza, léjos de acallarse con la flagelacion del inocente, irán en aumento viendo la increíble debilidad del juez.

Claudia ocultaba su hermoso rostro con entrambas manos, y por entre los intersticios de los dedos, caian sobre sus vestidos blancos gruesas lágrimas que brotaban de sus dulces ojos.

— ¡Tienes razon en llorar, Claudia, tienes razon! Yo no soy mas que un amigo de Pilatos, y con todo y ser hombre, siento tambien que las lágrimas rebeldes se agolpan á mis ojos.

Y hubo otra pausa tan dolorosa como la primera. Durante ella no solo lloró Claudia, sino que hasta el mismo Cornelio sintió bañados sus ojos por una lágrima. Parecerá extraño el llanto del centurion romano, pero hasta era natural en un hombre tan noble y generoso, en un guerrero que no habia ahogado en sangre su corazon y sus sentimientos, cosa comun á los soldados del imperio de Roma.

Cornelio procuró dominar su emocion, y para ello hizo un supremo esfuerzo. Cuando sus lágrimas hubieron desaparecido, y su emocion hubo mitigado un poco, hizo otro esfuerzo para dar á su acento la habitual energía, y dijo:

— ¿Qué quieres de mí, Prócula?

— ¡Ah! ¡es verdad!... El dolor que me conturba, los sobresaltos que me agitan, habíanme hecho olvidar el objeto por qué te he llamado, amigo mio.

— Te escucho.

— Cornelio, tú eres noble, y espero de tí que repararás en parte las faltas de mi esposo.

— No lo dudes, Claudia. Ya sabes cuán sincero es el afecto que profeso á Poncio, y si no estuvieras de ello lo bastante convencida, la agitacion que en este momento me domina lograria conseguirlo.

— Pues bien; Cornelio, tú temes que Jesús será condenado á muerte, y su pobre Madre que lo teme tambien, haciendo un esfuerzo superior á la humana naturaleza, quiere acompañarle al patíbulo; quiere recoger en su corazon purísimo el último aliento del Hijo adorado, quiere presenciar hasta dónde llegan el amor de Dios y el odio de los hombres; quiere desde el pié de la cruz ofrecer al Eterno la vida de su Hijo adorado, para la espiacion de los pecados del mundo.

— Claudia, — exclamó el centurion oyendo comentar á la esposa de Pilatos los heróicos propósitos que animaban á la Madre del Salvador; — estoy por creer á los hebreos que siguen á Jesús, y que se proclaman sus discípulos. Yo no sé qué es el admirable Nazareno, pero si fuera una divinidad, ¡tu marido seria un deicida! ¡Oh! ¡esta consideracion anonada!

— ¡No solo es una divinidad, sino que es el único Hijo del único Dios! — observó Prócula, mas anonadada aun que Cornelio. — Con razon te espantas, amigo mio, porque nuestros destinos son aterradores, si Poncio cae en la debilidad de sentenciarle injustamente á muerte. Yo seré la esposa del deicida, y los severos castigos que caerán sobre

la cabeza de mi marido, vendrán á herirme á mí de rechazo. ¡Ay! hagamos en obsequio de la Madre de ese Dios algo por nuestra parte, amigo mio, y tal vez la divinidad irritada por el crimen de mi esposo, se dé por desagraviada con los pobres obsequios, que por mi mediacion se hagan á la desventurada María.

— Estoy á tu disposicion para reparar el crimen que cometerá tú marido, y haré por mi parte todo lo posible para desenojar á las irritadas deidades por la injusticia y por la debilidad del pretor. Verdad es que no participo del todo de tus apreciaciones acerca la naturaleza y la procedencia de Jesús, pero tambien es verdad que dudo, y que desearia una manifestacion clara de la divinidad, para saber á qué atenerme, para saber qué es lo que debo creer en lo tocante á la persona y doctrina del sublime Nazareno. Pero ya sea Dios, ya sea hombre, si es que hay una justicia en el mundo invisible, que premia y castiga las virtudes y las iniquidades, el castigo de tu esposo no puede dejar de caer sobre su cabeza como una mole abrumadora, para aplastarle. ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer entrar en razon á Pilatos!...

El centurion suspiró y suspiró tambien Claudia; al primero las lágrimas que derramaba huyendo de exhibirse le caian sobre el corazon; á la segunda le inundaban las hermosas mejillas, pálidas en aquel momento como las hojas marchitas de la azucena.

Y despues de una pausa contiúo Cornelio:

— ¿Qué deseas de mí, Claudia? ¿Qué puedo hacer yo en obsequio de la madre infeliz, que intenta acometer la heroica empresa de acompañar á su inocente Hijo al patíbulo, de situarse al pié de la cruz, hasta que haya recogido el último suspiro del que adora su alma? ¿Qué es lo que puedo hacer en su obsequio, yo rudo soldado, yo que

no sé encontrar en mi corazon mas que frases bruscas, aunque sean verdaderas?

— ¿No comprendes, amigo mio, que la saña de los hebreos llega hasta el último extremo de la brutalidad? ¿No imaginas qué para dar al Hijo un nuevo é inesperado tormento, es fácil que insulten y mofen el legítimo dolor de su pobre Madre? ¿No has pensado que los príncipes de Israel quieren vengarse de ese Jesús, que con sus admirables virtudes les ha confundido, y que puestos en el camino de las venganzas, apelarán á todos los medios mas ruines para vengarse, y que no es el menor de estos medios, prodigar el insulto, y hasta quizá los malos tratamientos á la desdichada Miriam?

— ¡Es verdad! — dijo Cornelio noblemente indignado, cerrando los puños con ira. — ¡Es verdad! — Este pueblo de Israel es capaz de todo; es una raza de vívoras que debe verse esterminada. Afortunado el pié que la aplaste para siempre... Acaba, Claudia, acaba...

— Pues bien, Cornelio, yo te ruego por cuanto mas caro tengas en el mundo; te ruego por la memoria del primer beso maternal que recibiste, que protejas el dolor legítimo de la desdichada Miriam. La sentencia pesará sobre el Hijo, pero no sobre la Madre, y tú, cumpliendo con tu deber, puedes hacer respetar á la dolorida señora.

— Claudia, te complaceré. La desgraciada María no oirá una frase de mofa; nadie se atreverá á insultar su afliccion, yo te lo prometo, y ¡ay! del que ponga en la desdichada Madre una mirada que no sea respetuosa, porque esa mirada será la chispa de fuego que inflame la mina cargada de mi indignacion!

— Gracias, Cornelio, gracias en nombre de la infortunada señora; gracias en nombre de mi familia; ya no dudo

que Dios tendrá piedad de mí por lo menos; de mí, que he hecho todos los esfuerzos imaginables para salvar á Jesús.

— ¡Y nada más harás para conseguir la libertad del inocente?

— ¡Oh! sí. Estoy dispuesta á luchar hasta el último esfuerzo: de este modo, si el crimen infinito se comete, no será porque yo no haya hecho lo posible por mi parte para evitarlo.

— Bien, Claudia; eres verdaderamente un alma generosa y buena. ¿Por qué fatal destino se empeña Pilatos en no escuchar tu voz?

Poco después se despedían el centurion y la matrona. Aquel decía á esta:

— Confía en mí, amiga mía.

— Dios te lo pague, Cornelio.

El centurion, visiblemente afectado, salió de aquella estancia, pensando en si era posible que Jesucristo fuese Dios, y en que Dios se viera tan horriblemente maltratado, y deseando una manifestacion de la divinidad para creer en el Redentor.

Claudia, que ya no dudaba, quedóse llorando el crimen de su esposo, y el martirio del Hijo del Eterno, y de su Madre inmaculada.

CAPITULO IV.

La flagelacion.

Mientras tanto, en el atrio del pretorio representábase una escena de verdadero horror. El corazón se juzga anadado al considerarla; el vértigo se apodera de la mente del cristiano pretendiendo recordarla, y el pobre escritor no sabe qué ideas ni qué palabras emplear para describirla, porque no tiene ideas la mente ni palabras el lenguaje humano, para llevar á cabo la descripción del cuadro lastimero que aquí empieza.

Yo quisiera pasarla por alto, pero no puedo; debo pintar la escena de la flagelacion, y con todo y estar poseido siempre del sentimiento de mi ignorancia, nunca, jamás me habia considerado tan ignorante como en este momento; nunca, jamás me habia reconocido tan impotente como en este instante. Virgen dolorida, Corredentora mia, tú que sabes cuánta verdad se encierra en lo que digo; tú que conoces los temores que en este instante me agitan; tú que ves cuán plenamente convencido me hallo de mi impotencia y de mi ignorancia, ten piedad de mí; inspírame, dulce señora mía, porque de otro modo, ¿qué podrá decir del martirio de tu Hijo divino, el pobre ignorante, el escritor impotente, que solo está animado por el deseo de hacerte amar de los hombres? Por la memoria de las tres horas de agonía de Jesús te ruego que me asistas, que no me aban-